

los Infieles

Jorge Luis Dilas villarreal

Image not found.

Capítulo 1

Image not found.

PREFACIO:

Tal vez se advertirá en este libro temas que muchos crean inmorales, como por ejemplo el deseo tan natural de las mujeres hacia el sexo, y el magnetismo que las conlleva a ser cosas propias de su pasión. Pues para mi nada de esto es considerado como tabú ya que es parte de la naturaleza humana, y es por eso que en esta obra de teatro tan corta y tan ilusoria presento a la mujer y al hombre tal como son, sin miedo a ser tachado como un perverso. El erotismo en una creación literaria también es cultura, porque nos educa, sin atajos, de la manera que hemos sido creados por la naturaleza, o por Dios.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

NICO Y LOLITA

NICO. _ Amor, ¿hasta cuando quieres que lo nuestro siga oculto ante los ojos de los demás?, si sabes que te amo más que a mi vida... Lolita, ¿Por qué no nos casamos?

LOLITA. _ ¿casarnos? ¡Es una locura!... yo no nací para casarme... ni lo pienses.

NICO. _ Porqué me haces daño de ese modo Lolita, si sabes que soy un hombre que sueña con una familia; no de aquellos libertinos y mujeriegos que abundan por ahí... Lolita, ¿no crees que ya estamos a edad de comprometernos y tener muchos hijos?... a veces pareciera que ya el tren nos está dejando.

LOLITA. _ con treintaicinco años de vida todavía estoy joven y buena moza, si tú te consideras viejo es tu problema.

NICO. _ Eso de buena, ni que decir, nadie lo niega; pero, de todos modos, tú ya necesitas un esposo, y yo una esposa, ¿no crees?

LOLITA. _ no estoy necesitada Nico, ni tampoco ando buscando marido...

NICO. _ Pero para que vas a buscar Lolita, si acá me tienes desde antes de la creación del mundo, solito para ti...

LOLITA. _ ja-ja no me hagas reír sin ganas pedazo de mentecato; si algún día me caso, por casualidad o por no tener que hacer, tenlo por seguro que el último candidato a ser elegido, serás tú.

NICO. _ lolita ¿quieres que me arrodille a tus pies para que aceptes casarte conmigo?

LOLITA. _ perderás tu tiempo y serás idiota a la vez, si sabes que solo ante Dios uno se debe arrodillar.

NICO. _ (arrodillándose) no importa Lolita, serás mi diosa si quieres, pero por favor, acepta casarte conmigo...

LOLITA. _ comprobado, eres un idiota. Toda mujer para casarse necesita a un varón, y no a un poco hombre como tú. Adiós...

NICO. _ (parándose de inmediato) Lolita, espera... ¿acaso insinúas decir que no soy varón?... dime, ¿acaso no te complazco en la cama?... ¿Lo tengo chico?... ¿termino muy rápido?...

LOLITA. _ Todas tus cuestiones son afirmativas, y sumando lo tonto que eres.

NICO. _ Porque no me lo dijiste antes, eso de la potencia se arregla Lolita.

LOLITA. _ ¿y lo tonto?

NICO. _ Bueno, eso talvez sea genético.

LOLITA. _ entonces para qué casarnos, mi vida sería un tormento, no te das cuenta.

NICO. _ Bueno, si tú lo dices...

LOLITA. _ Ya vez, que bonito es cuando coincidimos.

NICO. _ Pero seguiremos viéndonos por las noches bajo el inmenso cielo estrellado ¿verdad?

LOLITA. _ cielo estrellado dices zopenco, si en ese cuarto oscuro no se contempla la hermosura del cielo nocturno.

NICO. _ digo que si seguiremos viéndonos para hacerte ver el inmenso cielo estrellado ¿si verdad?

LOLITA. _ no me haga reír tontín, tú no me haces ver ni luciérnagas bajo un cielo entristecido... pero, si me prometes que mejorarás, pues, seguiremos viéndonos, porque no.

NICO. _ te prometo ser el mejor, ya luego querrás casarte conmigo, ya verás.

LOLITA. _ tampoco sueños imposibles... creo que viene alguien, me voy.

NICO. _ En la noche, junto al crujir del catre verás las estrellas, te lo aseguro.

LOLITA. _ tal vez no sea solo palabras. (Sale)

ESCENA II

JACINTO Y NICO

JACINTO. _ Qué bueno que te encuentro acá Nico, quería que me hagas un favor.

NICO. _ Lo que usted mande don Jacinto ¿A dónde lo llevo?

JACINTO. _ ¡No! Hoy iré en taxi al trabajo, solo tengo un par de casos que atender...

NICO. _ ¿Entonces don Jacinto?

JACINTO. _ (acercándose al oído de Nico) quiero que vigiles a mi mujer.

NICO. _ ¡que!...

JACINTO. _ si Nico, parece que esa mojitata esta que me pone los cuernos.

NICO. _ ¿eso cree don Jacinto? Si la señora se comporta con una candidez ejemplar, y sobre todo es tan dedicada a usted. No creo que sea cierto.

JACINTO. _ Ojalá mis conjeturas fueran falsas; pero un abogado es muy sensato y muy pocas veces se equivoca Nico, y yo me considero un buen abogado; sino imagínate, cuantos juicios en mi vida hubiese perdido; ya estaría en la cárcel remplazando a mis patrocinados... bueno, si he perdido muchos, pero es porque mis colegas han sido mejores... (Dándole a Nico una palmada en la espalda) pero en esto de mi mujer, voy sospechando hace tiempo, pero aún no he llegado a una verdad absoluta. Ayer por la noche Nico, escuché que hablaba por teléfono al parecer con su amante y quedó encontrarse acá en mi casa hoy a las diez; es por eso que quiero que te quedes, a vigilarla...

NICO. _ No se preocupe don Jacinto, vigilaré muy bien a su mujer.

JACINTO. _ Confió en ti Nico... Regreso pronto (cuando está para que abra la puerta, aparece Lolita)

LOLITA. _ señor, le busca un joven.

JACINTO. _ ¿Qué quiere?

LOLITA. _ De sus servicios.

JACINTO. _ La mula al trigo... Dile que pase.

ESCENA III

JACINTO, NICO Y ROBERTO

ROBERTO. _ Buenos días. ¿Usted es el doctor Mujica?

JACINTO. _ Si joven, buenos días, en que le pedo servir.

ROBERTO. _ ¡Gracias a Dios! me dijeron que usted es el mejor abogado de la ciudad, pues tenía miedo de no poder encontrarle; imagínese usted, un abogado tan reconocido, con tantos méritos a costas... ¡Gracias Dios mío!...

JACINTO. _ tengo muchos casos pendientes, desde luego, pero siempre uno debe darse el lujo de dormir bien, no por las puras se es reconocido...

dígame joven, ¿quién lo recomendó conmigo?

ROBERTO. _ Un tío, que es vano decirle su nombre; tantos clientes que usted ha debido tener, como estrellas en el cielo, que no cabría en su memoria grabárselos a todos.

JACINTO. _ Bueno en eso de la memoria también Dios me ha privilegiado, que a un noventa por ciento de mis clientes los tengo sus rostros y nombres grabados tan nítidos en mi cabeza.

ROBERTO. _ Ya decía yo cuando me lo contaba mi tío, hombres con esa capacidad intelectual hay pocos; bendito sea Dios que me guio hasta su presencia. Mi tío es don...

JACINTO. _ ¿cómo llegaste a mi casa si es un laberinto llegar hasta aquí?

ROBERTO. _ Así es cuando un hombre anda guiado por Dios. Mire usted, en la esquina encontré a un señor cliente suyo, que justo salía de acá y me enseñó con el dedo, la casa de tres pisos es, me dijo.

JACINTO. _ ¿un señor salía de acá?

ROBERTO. _ Sí; un señor de pelo ondulado y canoso... el buen hombre me dijo que me apresurara porque la suerte que he logrado tener pocos la hallan; y pues eso hice, leí el letrero de allá abajo que solo está su apellido y no pensé más. Acá vive el doctor Alexander Mujica me dije contento. ¡Dios mío pero que ventura!

JACINTO. _ (Bajo y aparte) Ya decía yo, tantas grandezas no me pertenecen. Buscando a mi primo, llegó a mí.

NICO. _ (Bajo y aparte) Pobre joven, buscando a su eminencia, donde ha venido a parar.

JACINTO. _ bueno ya, pasemos al caso; ¿dime que delito has cometido o han cometido contra ti?

ROBERTO. _ Violación, doctor.

JACINTO. _ ¿Eres el violador o el violado?

ROBERTO. _ El violador, doctor.

JACINTO. _ ¿no tienes vergüenza de confesarlo?

ROBERTO. _ Un poco, doctor.

JACINTO. _ No soy el párroco, pero lo que tengo que soportar... Dime, ¿la victima ha sido mujer u hombre?

ROBERTO. _ Mujer doctor, si hubiese sido hombre entonces la cosa seria al revés; yo sería la víctima.

JACINTO. _ (A Nico) tú serás mi secretario por ahora, apunta todo la confesión de mi cliente (Nico apunta en una libreta)... ¿la mujer estuvo con toda la flor?

ROBERTO. _ No llevaba flores doctor, fue en el campo, pero ni flores había.

JACINTO. _ me refiero a su virginidad ¿fue su primera vez?

ROBERTO. _ De quien doctor ¿de mí?

JACINTO. _ me refiero a la víctima.

ROBERTO. _ no sabría decirle doctor.

JACINTO. _ ¿sangró en el coito?

ROBERTO. _ ¿en qué?

JACINTO. _ ¡caramba!... Dime, ¿tus papás te han puesto a la escuela?

ROBERTO. _ A la Escuela sí doctor, al colegio ya no quise ir, es que en el campo no sirve casi de nada estudiar; imagínese usted, ser ganadero o agricultor con muchos años de estudio, es una pérdida de tiempo.

JACINTO. _ Y es así como los campesinos cada vez se acercan más a lo animal que a lo humano, verdad. En fin, estamos en el Perú y acá en vez de evolucionar todo es al revés... dime, ¿sangró la vagina de la chica cuando lo penetraste? o ¿la dolió?

ROBERTO. _ De sangrar, no sangró doctor; pero de que le dolía, le dolía doctor, porque gritaba.

JACINTO. _ ha podido gritar por tratar de defenderse de semejante violador, eso no quiere decir que haya estado virgen. ¿No te dijo nada sobre su virginidad, cuando intentabas violarla?

ROBERTO. _ ¿Pero para que quiere saber eso usted doctor, no cree que

es privado?

JACINTO. _ Tengo que saber todo para poder defenderte, o si no como quieres que presente los alegatos a tu favor.

ROBERTO. _ que doctor... va a presentar gatos a mi favor...

JACINTO. _ (tragando saliva de rabia) ¡pedazo de zopenco, no vez que estoy apurado!... ¡te mencionó algo sobre su virginidad o no!

ROBERTO. _ No... no me dijo nada doctor

JACINTO. _ ¿Cuántos años tiene la agraviada?

ROBERTO. _ Quince

JACINTO. _ hay probabilidades que haya estado virgen... ¿tú cuántos años tienes?

ROBERTO. _ Diecinueve, a solo un mes para cumplir veinte.

JACINTO. _ Los problemas se complican muchacho. Ella es menor de edad, más años de cárcel te esperan.

ROBERTO. _ Pero doctor, usted tiene que ayudarme, no quiero ir a la cárcel...

JACINTO. _ eso hubieses pensado antes de hacer tus mañoserías; habiendo tanta mujer soltera en apuros, tú todavía tienes que buscar una mozuela.

ROBERTO. _ ¡por favor doctor, no quiero ir a la cárcel, tiene que ayudarme! Venderé mis tres toros, mi caballo, todo lo que sea posible para pagarle, pero no deje que me lleven, se lo suplico...

JACINTO. _ (timbra su teléfono móvil y contesta) bueno... si doctor Montero, ya estoy viniendo, no se preocupe, dentro de diez minutos estoy por ahí... si, ese caso ya está casi ganado... claro, claro, de eso no se preocupe... ok, doctor montero.

ROBERTO. _ ¡por favor doctorcito, ayúdeme!

JACINTO. _ ¡tranquilízate hombre!, así pareces una fémina antes que un varón. Trataremos de solucionar tu caso de la manera que más te convenga, antes esperaremos las acusaciones de la otra parte, ya que tú ni para informar sirves. Por el momento estate tranquilo, teniendo la

seguridad que estas con un buen abogado que te respalde.

ROBERTO. _ Gracias doctorcito, que Dios se lo pague...

JACINTO. _ ¡Ique!... ¡Dios será el violador seguro para que él me pague, no!...

ROBERTO. _ No, doctor, no crea usted eso; es mi manera de agradecer, nada más, yo se lo pagaré...

JACINTO. _ esperemos que sea así, porque si no, te dejo que te lleven de los huevos a la cárcel; ya verás... bueno, vamos por allí, que tengo un caso que resolver (a Nico) guarda bien lo que has escrito de este muchacho, y vigila bien lo que te dije, ya vuelvo (Salen)

ESCENA IV

NICO, JOSEFO Y JONAS

NICO. _ Pobre muchacho, se ve tan mal con el delito que ha cometido..., y a donde todavía vino a caer. No es que don Jacinto sea tan mal abogado, pero hay mucho más buenos en la ciudad. Tal vez tenga suerte y sea uno de los pocos clientes que se queda agradecido de don Jacinto, sino pagará en la cárcel por muchos años (entran haciendo bulla Josefo y Jonás)

JONÁS. _ Nico, ¿ya se fue mi papá?

NICO. _ Si niño Jonás, acaba de irse.

JONÁS. _ a ya, venía a verle, porque a Josefo le encontré masturbándose, y todavía me quiso pegar...

JOSEFO. _ este tonto miente, solo estaba cogido mi miembro como de costumbre, y a este idiota le pareció otras cosas.

JONÁS. _ ¡no mientas Josefo! ¿Entonces la película porno para que pusiste?

JOSEFO. _ Pero no ha sido película porno hermano, era de bruce lee; solo que siempre en las películas ponen un momento de erotismo, y no por eso voy a dejar de ver.

JONÁS. _ ¿si era de bruce lee, porque entonces apagaste la tele apenas cuando sentiste mis pasos?

JOSEFO. _ ¡fue la envidia!... ¡sí; fue eso hermano, la envidia!, no quería que tú vieras como bruce lee mata con puñetes y patadas a muchos

hombres...

JONÁS. _ ja- ja, pero si no estaban peleando; lo que alcancé a ver, es a un hombre que le cogía las tetas a una mujer, y ambos estaban desnudos; pero no era bruce lee...

JOSEFO. _ era bruce lee hermano, lo que pasa que no alcanzaste a ver bien. Bruce lee lo tenían a su enemigo cogido del cuello sobre una cama, para que le dé el último golpe mortal; y a ti se te quedó grabado otras imágenes en tu mente.

JONÁS. _ (saliendo) si dices que es de bruce lee, entonces voy a prender la tele y el dividí para ver qué disco se trata...

JOSEFO. _ (alterado) ite prohíbo que cojas mis cosas hermano, metete en lo que te pertenece!...

JONÁS. _ (regresa) Bueno, queda en tu conciencia hermano; total mi papá no hay, y no sé a quién acusarte, si a mamá le da igual (Sale)

JOSEFO. _ (ruborizado) Nico, no creas lo que dice mi hermano, no sabe lo que habla... la peli es de bruce lee...si, bruce lee... (Sale)

NICO. _ (pensativo) yo a los trece años también me masturbaba, y creo que es algo normal; a Jonás le parece raro porque aún tiene ocho años, pero esperemos que llegue a los diez... (Entran Martina y Lolita)

ESCENA V

NICO, MARTINA, LOLITA

MARTINA. _ Hola Nico, ¿hablabas solo o me parece?

NICO. _ le parece señora, solo pensaba.

MARTINA. _ entonces tienes el don de pensar en voz alta.

NICO. _ ojalá tuviera algún don señora.

LOLITA. _ pobre hombre, ni para pensar sirve.

NICO. _ Gracias Lolita, por tus bellos halagos.

LOLITA. _ De nada Nico, solo me complace decirte la verdad.

MARTINA. _ ¿mi marido ya se fue a su trabajo?

NICO. _ Si señora, ya se fue.

MARTINA. _ ¿tú por qué no lo llevaste?

NICO. _ es que me pidió que me quedara para vigilar...

MARTINA. _ ¿vigilar? ¿Qué vas a vigilar?

NICO. _ (Aparte) ya metí la pata... No señora, quería decir para apuntar un caso que tiene pendiente para las diez y media. (Le muestra la hoja que había apuntado) acá tengo el caso ya casi listo señora.

MARTINA. _ ¿desde cuándo sabes tú algo de cosas jurídicas?

NICO. _ No hace mucha señora, andando con don Jacinto todos los días, pues uno aprende... (Se hace que escribir) ya me falta poco señora y tengo que llevarlo cuanto antes a su oficina.

MARTINA. _ Bueno, yo como no entiendo nada de abogacía, te dejo haciendo tu trabajo. Vamos Lolita.

LOLITA. _ harás bien tu trabajo Nico, sirve aunque sea para algo (Salen)

NICO. _ (solo) en la noche me las pagas Lolita... Menos mal que la doña no sabe nada de abogacía, sino se hubiera dado cuenta que le estaba hablando champas (cierra su libreta) ahora sí, mi trabajo es vigilar a la señora, tengo que esconderme bien como un ratón para que no me vean; pero, pensándolo bien, descansaré un momentito acá en esta butaca. (Se sienta y busca la manera de acomodarse para dormir) que cómoda está, ahora si parezco abogado, pero de los buenos. Que rico... (Se levanta desesperado) creo que ahí vienen nuevamente, ¡caramba! Estos ni descansar dejan; mejor será que me vaya, ¿pero a dónde?... este armario me salvará (entra en el armario)

ESCENA VI

MARTINA Y LOLA

MARTINA. _ Ya no hay ese idiota de Nico; seguro ya se fue a ver a su jefe.

LOLITA. _ Seguro que sí, señora.

MARTINA. _ anda ve que los niños estén entretenidos en la tele.

LOLITA. _ ahora mismo señora (sale)

MARTINA. _ (mira el reloj que está pegado en la pared) Falta dos minutos para las diez, seguro que ya no demora (se mira en el espejo del armario) me conservo regia a pesar del tiempo... si me sienta el vestido rosa, está bien entallado con las caderas y buena pompis que tengo... (Regresa Lolita) ¿Qué hacen Lolita?

LOLITA. _ juegan cartas señora.

MARTINA. _ cierra esa puerta bien, que no vayan a entrar.

LOLITA. _ (cierra la puerta) ¿señora, vendrá?

MARTINA. _ Claro, quedamos a las diez... Ahora si Lolita, anda tú a la azotea por esa puerta y vigila que no venga nadie aparte de él. Si ves que mi marido o el tonto de Nico llegan me avisas lo más rápido posible...

LOLITA. _ está bien señora, vigilaré bien (sale)

MARTINA. _ (se mira nuevamente en el espejo) parece que en este estante hay un ratón o alguna cucaracha que está haciendo bulla (quiere abrir la puerta del estante pero es interrumpida por un olor agradable) creo que ahí viene, conozco su perfume.

ESCENA VII

MARTINA, LUCRECIO Y NICO

LUCRECIO. _ (aparece en el vano de la puerta, cabizbajo) pero que hermosa estas.

MARTINA. _ me alisté para ti... (Lucrecio entra y le da un beso) pensé que no vendrías.

LUCRECIO. _ tenía que venir como sea..., solo que mi mujer creo que sospecha y tuve que idearme para poder salir.

MARTINA. _ vamos más de diez años en las mismas y nadie se da cuenta, y tu mujer no creo que sea tan astuta.

LUCRECIO. _ Esperemos que así sea, aunque quiero confesarte algo... anoche tuve un sueño mientras dormía.

MARTINA. _ Menos mal que ha sido mientras dormías, ya que los sueños que tienes despierto, nunca los haces realidad...

LUCRECIO. _ Por eso mismo; pero los sueños que tengo mientras duermo, siempre han sido señal de clarividencia... ¿Recuerdas aquella vez que te conté que había soñado que un meteorito cayó sobre la tierra

dejando desastres incomparables?... y en la mañana siguiente la noticia en todos los medios, que un avión se desequilibrio por los aires y cayó sobre nuestras costas matando una gran cantidad de peces marinos, y que ninguno de los que estaban a bordo se salvó de la muerte... ¿No crees que mi sueño predijo aquel desastre?

MARTINA. _ Pero no soñaste que un avión se caía, sino un meteorito: Avión y meteorito son cosas muy distintas.

LUCRECIO. _ Pero se parecen mucho por el desastre que ocasionan; a mí me parece que es la figura metafórica en el lenguaje de los sueños... o si no figúrate, esos años que vivía en el campo, soñé que mi burra estaba preñada de un burro que no era mi burro, y solo por eso mi burra se empecinaba a abortar y terminó lográndolo.

MARTINA. _ ¿pero en la realidad abortó?

LUCRECIO. _ Ni si quiera se había empareñado; pero, mi mujer si abortó ¿recuerdas?... Por eso te digo que es el lenguaje metafórico de los sueños.

MARTINA. _ Entonces tu mujer estuvo preñada de otro aquella vez... ¿eso quieres decir?

LUCRECIO. _ no lo sé, nunca lo descubrí...

MARTINA. _ entonces no puedes estar seguro de tus supuestas clarividencias ridículas... o si estás seguro, entonces tu mujer te está poniendo los cachos desde hace mucho.

LUCRECIO. _ no creo y no hables tonterías... más lo que soñé esta vez sí me da miedo...

MARTINA. _ ya dime de una vez que soñaste y no te hagas el...

LUCRECIO. _ soñé que estaba soñando que un pastor tenía una manada de chivos, y en esa manada había dos machos cabríos y dos cabras que eras como una especie de marido y mujer. Entre estos cuatro animales se cometía adulterio; el pastor advirtió lo que estaba sucediendo y se dispuso a formar un tribunal arbitral; siendo juez uno de los machos cabríos más sabios de la manada, y este dio como resolución que ambos amantes infieles terminasen juntos y reconociendo los hijos ilegítimos que tenían...

MARTINA. _ ¡aguanta tu carro! deja tus sueños estúpidos con animales a un lado que ya me aburraste, y dime, ¿me sigues queriendo?

LUCRECIO. _ queriéndote y deseándote me he de morir.

MARTINA. _ entonces deja de contarme tus babosadas y compláceme... (Nico hace un leve ruido de garganta)... ¿Escuchaste?

LUCRECIO. _ ¡Qué!

MARTINA. _ Parece que un pestoso se acerca... ¿o fuiste tú?

LUCRECIO. _ ¡yo!, nada que ver... es manía tuya provocada por tus desórdenes mentales... si no hubo nada.

MARTINA. _ Ahora yo soy la que sufro con desórdenes mentales, seguro yo vivo soñando con animales que se casan, se son infieles; pero bueno, cada quien tiene sus libertades...

LUCRECIO. _ tú no eres tan libre, me perteneces más que a tu marido, no lo olvides.

MARTINA. _ Y tú me perteneces más que a tu mujer, tampoco lo olvides.

LUCRECIO. _ (se besan e intentan hacer el amor sobre un escritorio) ¡no, no! aguantémonos un poco.

MARTINA. _ ¿qué te pasa?

LUCRECIO. _ de veras, presiento algo malo.

MARTINA. _ tantos años venimos haciendo lo mismo y no ha sucedido nada; hoy vienes con tus falsas conjeturas...

LUCRECIO. _ venimos haciendo lo mismo, pero no en este lugar, me parece muy peligroso.

MARTINA. _ Pero si lo hicimos como tres veces en este mismo lugar y nadie nos encontró.

LUCRECIO. _ Me parece que es arriesgar mucho

MARTINA. _ Total, ya se me pasó las ganas... te puedes largar si quieres.

LUCRECIO. _ Mejor, mejor; hoy vine sin ganas.

MARTINA. _ ¿entonces para que viniste? ¡Solo a contarme tus estúpidos

sueños!...Ya lo hiciste, te puedes largar.

LUCRECIO. _ no solo por eso vine (sacando de su bolsillo una bolsa trasparente que cubría un calzón rojo) quise entregarte tu calzón, que te olvidaste la última vez en mi casa.

MARTINA. _ (le quita furiosa) ¡Ahora si te puedes largar!

LUCRECIO. _ ¿por qué esa carita mi amor?

MARTINA. _ no tengo otra.

LUCRECIO. _ ¿Por qué tan triste?

MARTINA. _ (derramando una lágrima por su mejilla) ¡todavía me preguntas!... es el resultado de mis sentimientos frustrados por tu causa.

LUCRECIO. _ Discúlpame mi vida, pero es que la verdad tengo miedo, compréndeme...

MARTINA. _ ya son cinco días que no lo hacemos, y te esperé tan preparada, por las puras... Parece que ya no fueras hombre; así poco a poco me vas a dejar de importar.

LUCRECIO. _ No es eso Martina; soy bien macho y tú lo sabes, pero no por eso hay que arriesgar... ¿Te parece si hoy a las tres nos encontramos en tu casa del centro y saldamos esta cuenta?

MARTINA. _ No quiero

LUCRECIO. _ Bueno...

MARTINA. _ ¿de veras?

LUCRECIO. _ ¿Qué?

MARTINA. _ Hoy a las tres...

LUCRECIO. _ De veritas.

MARTINA. _ ¿seguro?

LUCRECIO. _ Segurísimo.

MARTINA. _ ¿entonces a las tres nos vemos?

LUCRECIO. _ Si quieres

MARTINA. _ claro que quiero

LUCRECIO. _ ¿Tu marido no irá?

MARTINA. _ Él para que va ir...

LUCRECIO. _ (riendo) Para hacer un trio... mentira, decía si no va ir a su casa del centro por alguna cosa...

MARTINA. _ parece que tiene muchos casos que resolver, y ni tiempo tiene para visitar su casa; pocas veces va, regularmente al mes, solo a cobrar la renta del alquiler de los cuartos.

LUCRECIO. _ ¿y hay cuartos desocupados?

MARTINA. _ todo el segundo piso está desocupado y sin uso.

LUCRECIO. _ Entonces hoy lo estrenamos.

MARTINA. _ (con sonrisa coqueta) llevaré tacones.

LUCRECIO. _ lleva lo que quieras... (Mirando la hora en su reloj de mano) Bueno cariño, es hora de irme, te veo a las tres.

MARTINA. _ te veo a las tres mi macho alfa.

ESCENA VIII

MARTINA Y NICO

MARTINA. _ Que obsesión más grande que tengo con este hombre, Dios mío. Haciendo cómputo mental, ya son quince años de aquella primera vez, y fue con él; ¿será por eso que le quiero tanto?... que manía la mía. Ahora voy con Lolita (Sale)

NICO. _ (abriendo la puerta del estante) ¡Dios mío, que tortura, ser testigo de garrafal delito! Sí que lo sospechaba bien don Jacinto... Qué pasará con esta familia después de esto... ¡Maldita sea!, Lolita es la alcahueta de tal pecado. No lo pudo creer. Yo queriendo casarme con semejante mujer, pensando que es de espíritu noble. Bien se dice que el amor es ciego; tan segado estuve, viendo como a un angelito a un pariente de lucifer... Creo que ahí vienen nuevamente, que tal condena, tengo que permanecer en este escondite de ratones hasta que don Jacinto llegue (se encierra)

ESCENA IX

MARTINA, LOLA Y NICO

MARTINA. _ Lolita, tú me ayudarás en esto nuevamente. Si mi marido llega antes de las tres, juntas inventaremos algo para poder salir sin sospechas.

LOLITA. _ yo para inventar cosas soy muy mala señora. Lo ayudo como pueda para evitar sospechas; pero, inventar algo, eso me es difícil.

MARTINA. _ es lo mismo Lolita, para desviar sospechas uno tiene que inventar cosas... No está nada difícil: si mi marido llega antes de las tres, le diremos que nos vamos de compras al mercado. Una vez afuera tú tienes la libertad de ir a donde quieras, hasta que yo te llame a tu celular, para encontrarnos en la esquina y llegar juntos. Pero si mi marido no llega hasta las tres, tú te quedarás en la casa a esperarle, y en cuanto llega, le dirás que fui de compras; si quiere salir a alguna parte le preguntas a donde, si te dice que va a la casa del centro por alguna cosa, entonces me llamas a mi celular, y así el tarado no me encontrará... ¿Qué tal te pareció la idea, fácil, verdad Lolita?

LOLITA. _ dependerá del momento señora, pero como siempre, estoy dispuesta ayudarla.

MARTINA. _ ¡gracias Lolita, eres lo máximo!

LOLITA. _ (sonriendo) esperemos que lo goce señora, eso es lo importante.

MARTINA. _ (excitada) Si, aunque el goce es solo un momento; cuan feliz fuéramos los seres humanos si el éxtasis sexual no cesara nunca.

LOLITA. _ En ese caso, todo el mundo viviría en la cama dele que dele y no se ocupara de otras cosas.

MARTINA. _ Entonces, se acabarían los órganos sexuales antes del tiempo.

LOLITA. _ O se conservarían más aún.

MARTINA. _ (con sarcasmo) Bueno eso dejémoslo a los pensadores y estudiosos, a nosotros no nos compete tal pronóstico.

LOLITA. _ (pensativa) ¡ay!, pero que sería de todos nosotros los terrícolas... no existiríamos; en los primeros años de la creación

hubiéramos desaparecido, tanto sexo y no tener que comer.

MARTINA. _ Lolita, pero déjate de conjeturas filosóficas, simplemente el sexo es rico por escaso; lo de que no cesara nunca, es una broma, entonces nos atosigaría y no querríamos saber más de él.

LOLITA. _ ¿de quién señora?

MARTINA. _ Del sexo.

LOLITA. _ ¡uf!...

MARTINA. _ Lolita, ¿tú haces con regularidad cositas?

LOLITA. _ ¿cositas? ¿A qué se refiere señora?

MARTINA. _ no te hagas pues Lolita, de que estamos hablando.

LOLITA. _ De sexo.

MARTINA. _ Y entonces...

LOLITA. _ ¡Qué va!, no señora, con quien voy hacer yo esas cosas, si nadie se interesa por mí.

MARTINA. _ El boticario de la esquina se nota que está loquito por ti.

LOLITA. _ No señora, es muy joven para mis gustos; y es más las visitas que me hace no son cuestión de interés, más bien viene para dejarme las pastillas para el asma que siempre me hacen falta.

MARTINA. _no me digas que no haces sexo por largo tiempo Lolita.

LOLITA. _ Largo, largo, hasta como para decir que soy virgen tampoco señora; pero... bueno, si hago sexo con regularidad, pero, mal sexo.

MARTINA. _ Ves que si tienes tu galán Lolita. A mujer con el cuerpo de sirena como el tuyo, no le falta aficionado, eso es de suponer... ¿pero porque dices que es sexo malo? ¿Acaso tu hombre es de aquellos que no sabe complacer a una mujer?

LOLITA. _ A decir verdad; es un pésimo en la cama, y encima un tonto.

MARTINA. _ ¿y así lo aguantas?

LOLITA. _ Qué más da señora; peor es nada.

MARTINA. _ (se escucha las voces de los niños que se acercan) parece que ahí vienen los niños... abre esa puerta por favor, luego hablamos de esto.

Entran Josefo y Jonás

JONÁS. _ mamá, ya tengo hambre...

MARTINA. _ Pero si todavía es temprano mi cielo.

JONÁS. _ ya es las once del medio día mamá.

MARTINA. _ el almuerzo es a las doce mi cielo; pero por mientras vayan a comer el manjar que está en el tazón con unos cuantos panes.

JONÁS. _ El manjar lo ha tragado el pajero mamá.

JOSEFO. _ (bajo, a Jonás) Hermano, quedamos que esto quedaría entre los dos; por eso te presté mi Tablet para que jugaras.

JONÁS. _ (bajo, a Josefo) Pero para que eres tragón, las circunstancias obligan hermano.

MARTINA. _ está bien hijos, ahorita iremos a preparar el almuerzo lo más rápido posible. Y tú Josefo, no debes hacer esas cosas frente a tu hermano que todavía es un niño. Ya pronto también sabrá lo que es masturbarse y lo rico que es, pero cada uno en su tiempo.

JONÁS. _ ¿Mamá, tú también te masturbas?

MARTINA. _ No hijo; porqué he de hacerlo, si tengo a tu padre para eso.

JONÁS. _ ¿Mi papá te masturba?

MARTINA. _ son cosas que no entiendes hijo, mejor vámonos a la cocina a preparar el almuerzo. (Salen)

ESCENA X

NICO. _ (abre su escondite) iufff! Pero que condenada mujer, alcahueta y mentirosa; como puede decir que soy pésimo en la cama, y encima, que soy un tonto. Tonto talvez un poco, ¿pero pésimo en la cama?... ¡Eso sí que no!... Desde hoy prometo ya no hacerle el amor, ese será su castigo, y veremos si no le hace falta... Creo que vienen nuevamente, icaray! (se vuelve a esconder, y viendo que solo es un ruido, vuelve a salir)... no hay nadie, creo que son los niños jugando en el corredor... ¡Ay! Las piernas ya no me dan; se me adormecen... ¿qué hora llegará don Jacinto?... ¡Apúrese

hombre!... me encontrará como una estatua sin movimiento... Solo me queda esperar ¡maldita sea! Volveré a mi lecho (se vuelve a esconder)

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

JACINTO Y NICO

JACINTO. _ Dónde estará Nico... ¿Habrá hecho bien su trabajo? ¿Habrá averiguado algo? Lo llamaré para saber su paradero (marca a su celular y suena dentro del armario; le corta de inmediato) ¿habrá dejado acá su celular? (abre la puerta del armario y encuentra a Nico durmiendo sigilosamente con su boca abierta, acostado verticalmente y con sus piernas dobladas. Le levanta moviéndole su hombro) ¡Nico, levántate Nico!...

NICO. _ (se incorpora y sale rápidamente del armario, pero se cae en el piso al tener sus piernas adormecidas) ¡ay Dios mío! Que piernas estas, están como amarradas... (Levantándose) discúlpeme don Jacinto; me he quedado dormido.

JACINTO. _ Pero si ya me di cuenta Nico... ¿Lograste averiguar algo?

NICO. _ no me creerá don Jacinto, pero ese armario me hizo invisible ante los ojos de su mujer; así logré escuchar y ser testigo de todo en cuanto acá sucedió... de veras que hora es (mira la hora en el reloj de la pared, que marcaba una y cinco) ¡tanto he dormido; dos horas!...

JACINTO. _ ¿qué escuchaste o viste Nico? ¡Quién es el maldito! ¿Mi mujer me pone los cuernos?

NICO. _ Desde hace mucho don Jacinto.

JACINTO. _ ¿Qué?

NICO. _ Si don Jacinto; hace más de diez años, según escuché.

JACINTO. _ ¡cómo va ser más de diez años Nico! Si a esa mujer la traje a vivir conmigo cuando Josefo aún tenía dos años ¡seguro has escuchado mal! ¡Tanto tiempo no puedo ser cachudo!... Josefo tiene doce años; eso quiere decir que antes que me obligasen a comprometerme con esa mujer, ya estaba siendo cachudo... ¡no! ¡No! ¡Seguro has escuchado mal!...

NICO. _ estoy seguro de haber escuchado bien don Jacinto, por mi madre

que nunca se quien fue, estoy seguro que eso escuché.

JACINTO. _ ¡demonios! Entonces mis padres me obligaron a convivir con una mujer que me haría cornudo todo el tiempo, solo porque en mi loca juventud le clave un hijo ¡maldita sea!... ahora solo falta que no sea mi hijo y que todo este tiempo me haya pasado alimentando a... ¡no, no! aunque fuese cierto él no tiene la culpa; la culpa es de esa mujer del demonio, que con sus mojigaterías llegó a engañarme todo este tiempo... Nico, ¿Quién es el desgraciado? ¡Quién es!...

NICO. _ No me creerá don Jacinto, por eso es mejor que usted mismo se convenza; hoy quedó encontrarse a las tres...

JACINTO. _ ¡encontrase hoy a las tres!... ¿Dónde?

NICO. _ es su casa del centro don Jacinto.

JACINTO. _ ¿en mi casa?

NICO. _ Si

JACINTO. _ ¡sinvergüenzas, mi casa será su...!

NICO. _ cálmese don Jacinto, parece que ahí viene la señora.

JACINTO. _ esa mujer no merece llamarse señora Nico, es una cualquiera. Pero tienes razón, me tranquilizaré (inhala y exhala aire por su boca)

ESCENA II

JACINTO. NICO, MARTINA Y LOLITA

MARTINA. _ Hola amor ¿hace cuánto que has llegado?

JACINTO. _ hace poco.

MARTINA. _ ¿ya has almorzado mi cielo?

JACINTO. _ (aparte y bajo) que tal hipocresía... (Alto) sí; ya he almorzado.

MARTINA. _ Qué bueno amor ¿vas a ir más tarde a trabajar nuevamente?

JACINTO. _ es menester, tengo un caso que resolver.

MARTINA. _ ¿solo uno amor? ¿Eso quiere decir que vendrás temprano, verdad?

JACINTO. _ Este caso me traerá muchos problemas, así que no creo regrese pronto.

MARTINA. _ Tú eres buen abogado mi amor, y sé que sea como sea ganarás ese caso.

JACINTO. _ espero que sí; será muy placentero ganar ese caso, sobre todo, me desaceré de la mala suerte, dando un buen castigo al culpable.

MARTINA. _ Pero es un problema de tus patrocinados amor ¿porque ha se ser de mala suerte para ti?

JACINTO. _ la suerte de mis patrocinados es la suerte mía; es más, este caso afecta mi honor como abogado y como persona. Y tendrá que correr sangre si es necesario para limpiar dicho deshonor...

MARTINA. _ ¿Qué piensas hacer amor, te noto muy irritado?, como si los problemas de tus clientes te afectaras más a ti que a ellos mismos. Y eso de sangre me huele a lucha de criminales; tú no eres un criminal amor, tú eres un hombre docto y de principios, no te compete comportarte de tal manera.

JACINTO. _ Ese lenguaje jurídico del cual tú no entiendes y está demás explicarte.

MARTINA. _ Pero que humor; si todo lo que dijiste lo entiendo cabalmente, no es necesario saber términos técnicos para comprenderlo, si no usaste ninguno. Pero bueno, te dejo con tu mal humor, y solo espero que te cuides y ganes ese caso. Te amo mi vida (Martina y Lolita abandonan la escena)

JACINTO. _ Pero qué mujer más hipócrita... ¡Maldita la hora que acepté la decisión de mis padres!... Me hubiera casado con Alfonsina que en su doncellez me quería, y con tal pureza de su alma se entregó a un hombre que nunca sería su esposo, sino su amante. ¡Qué vida más injusta!

NICO. _ (aparte) ¿de cuál Alfonsina estará hablando? Ni Dios quiera que sea lo que estoy imaginando.

JACINTO. _ vamos Nico, es hora de poner fin a este asunto. Esperaremos a los desventurados amantes allá, y sucederá lo que tenga que suceder.

NICO. _ don Jacinto, no piensa pelear, ¿verdad?

JACINTO. _ pasará lo que tenga que pasar Nico.

NICO. _ Por favor no incite a la pelea, hay muchas formas de solucionar las cosas pacíficamente, y usted es mucho más conocedor y participe de la prudencia don Jacinto.

JACINTO. _ ¿porque temes tú lo que tenga que pasar?... A veces la paciencia se acaba, y la sensatez se agota por temas de honor; un hombre soluciona las cosas como mejor le parezca.

NICO. _ (aparte) si pelean, yo huiré; no soy bueno en estos temas.

JACINTO. _ ¿decías algo Nico?

NICO. _ No don Jacinto, solo pensaba que lo más adecuado es que solucionen de la mejor manera este problema que usted llama de honor.

JACINTO. _ por lo que veo parece que te mueres de miedo de solo imaginar que puede haber pelea de intermedio. Eso no es de un hombre Nico, sino de un marquita.

NICO. _ ¡Cómo cree don Jacinto, de ninguna manera, yo soy bien macho y esas cosas no me dan miedo, para nada!... (Aparte) la verdad es que me orino de miedo...

JACINTO. _ se nota tu hombría cubriendo a tu más vergonzosa cobardía...

NICO. _ mmmm...

JACINTO. _ vamos Nico, comeremos algo por el camino y esperaremos a nuestras víctimas preparados. Supongo que todavía no comes ¿verdad?

NICO. _ No don Jacinto, pero no se me apetece nada.

JACINTO. _ deja ese nerviosismo de rosquete, y acompáñame.

NICO. _ espere don Jacinto ahí vienes sus hijos.

ESCENA III

JACINTO, NICO, JOSEFO Y JONÁS

JONÁS. _ ¡hola papá! ¿Cómo has amanecido?

JACINTO. _ Que pregunta haces hijo; ya se termina el día y tú con absurdas cuestiones.

JONÁS. _ ¿ies que recién te veo papá! ¿Qué más te puedo preguntar?

JACINTO. _ para satisfacerte y no dejar vacía tu pregunta, te diré que amanecí como me vez, vivo.

JONÁS. _ Gracias por tu respuesta papá, eso demuestra cuanto vales como abogado.

JACINTO. _ (aparte) ¿cómo abogado? Bueno... hay mejores que yo...

JOSEFO. _ Papá, tú sabes que yo quiero ser abogado y desde ya tienes que enseñarme a comportarme como un hombre de letras y no como cualquier ignorante.

JACINTO. _ (aparte y bajo) ahora que me fijo bien en sus facciones, este muchacho no tiene nada que se parezca a mí: su nariz es grande, sus ojos negros, tiene un lunar en la frente, pelo crespo; total nada que yo tenga... ¿será ajeno a mi parentesco?... ¡No! Imposible, tiene que ser mi hijo... (Alto) hijo mío, si quieres ser litigante igual que tu padre tienes que leer mucho, eso es la clave; comportarte como un hombre letrado es el resultado de haber leído mucho.

JONÁS. _ Por lo que veo papá, tú no has leído lo suficiente que digamos.

JOSEFO. _ este enano tiene razón, es mucho más inteligente que yo...

JONÁS. _ (a Josefo, bajo) cállate, si no quieres que le diga a papá que estuviste masturbándote.

JOSEFO. _ (a Jonás, bajo) acordamos que esto quedaría entre nosotros hermanito...

JONÁS. _ (a Josefo) entonces no molestes, y tienes que hacer lo que yo te mande.

JOSEFO. _ (a Jonás) está bien hermano, pero ten siempre en cuenta que todo lo que se hace se paga...

JONÁS. _ por eso mismo hermano, estas que lo pagas...

JACINTO. _ ¿de qué tanto hablan?

JONÁS. _ Josefo esta que me dice que eres un pésimo abogado papá, y

que nunca en la vida quiere ser como tú.

JACINTO. _ ¿es cierto eso Josefo?

JOSEFO. _ ¡Papá, Jonás miente...!

JONÁS. _ ¡que!... (A Josefo, bajo) di que sí dijiste eso, si no quieres que te acuse.

JOSEFO. _ (a Jonás) te odio hermano... Si papá, eso dije, pero tómalo por el lado amable.

JACINTO. _ ¡por el lado amable, muchacho insolente y atrevido; hablando así de tu padre! (le da un jalón de orejas) talvez esto sea de escarmiento. (Josefo sale llorando)

JONÁS. _ ¡Papá es injusto; porque pegas a mi hermano si no ha hecho nada de malo!... cuando crezca lo veras conmigo (sale tras de Josefo)

JACINTO. _ Este enano, él debería de recibir por acusar a su hermano, pero que insecto; todo esto es fruto de la educación que les da su madre... vamos Nico, que ya no demora en salir su madre de esos enanos con decisión de irse a su encuentro.

NICO. _ Como usted diga don Jacinto. (Salen)

ESCENA IV

MARTINA Y LOLITA

MARTINA. _ parece que mi esposito ya se fue nuevamente a trabajar; ahora si Lolita estamos libres para hacer lo que al cuerpo apetece.

LOLITA. _ será usted señora, yo no tengo ningún plan para liberar las tensiones y el estrés de cuerpo.

MARTINA. _ Lolita, que problema te haces, tienes permiso para que llames a tu hombre y le digas que venga por un momento a la casa, no te quedes con las ganas.

LOLITA. _ Gracias señora, pero mi hombre trabaja y es imposible...

MARTINA. _ Que mala suerte la tuya Lolita; pero igual puedes darte el gusto tú misma...

LOLITA. _ Eso sí que no señora...

MARTINA. _ ¿me dirás acaso que nunca lo has hecho Lolita?

LOLITA. _ Nunca señora.

MARTINA. _ (como buscando la verdad coquetamente) porque mientes lolita, haber dime que no, dime que no...

LOLITA. _ La verdad, y viendo que usted tanto insiste; si señora... es una manera de liberarnos nosotras las mujeres de las tensiones sexuales cunado no hay hombre más que en la imaginación de por medio.

MARTINA. _ Ya vez Lolita, tan fácil que es ser sinceras... Y ablando entre nosotras, somos más maniáticas que los hombres en estos cosas; que no demostramos ni a los más grandes estudiosos nuestras debilidades, y hasta hoy los pobres siguen pensando que son los hombres los que más gozan de estas venturas.

LOLITA. _ no creo que seamos más que los hombres señora, eso sí que me parece falso.

MARTINA. _ bueno, no soy hombre para saber con exactitud como practican ellos este deporte, ni cuál es la intensidad de sus deseos por estas cosas; pero si estoy convencida que nosotras las mujeres disfrutamos mucho, y lo mejor que podemos hacer es tenerlo en secreto ante la sociedad.

LOLITA. _ Bueno en eso estamos de acuerdo señora, somos tan discretas en estos asuntos; pero me parece que usted ya debe irse, va a ser las dos y media.

MARTINA. _ Si Lolita, tienes razón. Ya sabes, si mi marido viene, lo cual creo poco probable y más aún si está dispuesto a ir a la casa del centro, me informas cuanto antes para escapar...

LOLITA. _ Como siempre señora, cuenta conmigo.

MARTINA. _ gracias Lolita, eres la mejor... (Saliendo) cuídate de no abusar mucho de los dedos he, con cautela.

ESCENA V

LOLITA

LOLITA. _ hay señora, nadie puede negar que satisfacerse una misma es lo más sublime y majestuoso; se lo hace sin miedo a nada, sin restricciones. Es elevar el deseo de una mujer a lo más excelsos orgasmos, tal vez lo que un hombre nunca nos haga sentir por más experimentado que sea. A mi parecer los hombres solo sirven para

conservar la especie; pero... ¿Por qué entonces doña Martina busca ser complacida por un hombre?... ¡Válgame Dios! y todavía que no es su marido. Que llegaría a pasar si don Jacinto algún día se entera de la infidelidad de su mujer, y la complicidad de mí,... seguro que a las dos nos hecha de patitas a la calle... ¡Ni Dios quiera! ¡Qué sería de mí! una mujer desventurada que no tiene más refugio que esta casa... Ahora que lo pienso, estoy haciendo muy mal ser cómplice de la señora, si el señor es tan bueno... sobre todo no me perdonaría una ofensa como esta... ya es un año en complicidad con la señora; pero recién me doy cuenta de las consecuencias que puede traer esto. ¿Qué hago entonces?... Tengo que decirlo al señor... ¿pero cómo?... ¡Ay, que tormento!... ¡Ay, Dios mío! En que líos me he metido. (Sale)

ACTO TERCERO

ESCENA I

JACINTO Y NICO

JACINTO. _ este es el único cuarto del segundo piso que ellos pueden venir, es el único con cama.

NICO. _ Don Jacinto, ¿y si cambian de hotel?

JACINTO. _ ¡acaso mi cama tiene fachada de hotel Nico!

NICO. _ No era esa mi intención don Jacinto; quería decir si cambian de idea y deciden irse a un hotel.

JACINTO. _ no creo Nico; esta casa luce mejor que un hotel, y sobre todo gratis para los condenados.

NICO. _ en eso tiene mucha razón don Jacinto. (Aparte y bajo) ya me jodí, llegarán y se armará un lío, y no habrá por donde escaparme...

JACINTO. _ Nico, ¿escuchaste bien que es a las tres?

NICO. _ Si don Jacinto.

JACINTO. _ faltan cinco minutos, estemos atentos para meternos debajo de la cama.

NICO. _ Pero estamos en el Perú don Jacinto, estarán por acá las tres y media.

JACINTO. _ ¡carajo!; inocencia de niño corre por tus venas de adulto Nico. Para estas cosas los peruanos somos tan puntuales que no nos gana

nadie.

NICO. _ (aparte) espero que para esto sean tan peruanos como para todo lo demás, sino más rápido estaré en problemas.

JACINTO. _ (ve que intentan abrir la puerta) ¡llegaron!, metámonos debajo de la cama, ¡rápido Nico!

NICO. _ ¡Dios mío!, porque no son tan peruanos para esto también (se meten debajo de la cama)

ESCENA II

LUCRECIO, MARTINA, JACINTO Y NICO

MARTINA. _ Qué escenario más hermoso es esto; como para una semejante faena.

LUCRECIO. _ Aunque yo sigo apesadumbrado por los sueños que tuve...

MARTINA. _ Que mal contigo Lucrecio, no me digas que sigues sin ganas de nada.

LUCRECIO. _ Bueno las ganas me nacerán al instante, si es al tipo de ganas que te refieres; pero el mal presentimiento está desde que me levanté esta mañana.

MARTINA. _ pareces una mujer hablando de presentimientos; eso no compete a los hombres...

JACINTO. _ (a Nico, debajo de la cama) Nico, dime que no es Lucrecio, el marido de Alfonsina.

NICO. _ sería mentir decir que no señor, si usted mismo sabe que es él.

JACINTO. _ ¡maldita sea!...

LUCRECIO. _ Mi mujer me pareció muy extraña hoy, como si supiera algo intentó disimular conmigo.

MARTINA. _ ¡eres solo fruto de los miedos estúpidos que sientes ante tus sueños sin sentido! Dime; vas actuar como hombre, o me largo de aquí y no me vuelves a buscar nunca más.

LUCRECIO. _ Cálmate, no te alteres de esa manera, mira que tenemos toda la tarde para disfrutar sin que nadie nos moleste; con paciencia es más rico la cosa. Solo intento contarte la posible sospecha de mi mujer, para que imagines las consecuencias que ello ocasionaría si llegara a ser

cierto.

MARTINA. _ ¿eso demuestra que temes a tu mujer saco largo!

LUCRECIO. _ Uno teme hasta una indefensa criatura cuando sabe que está actuando mal.

MARTINA. _ ¿Y tú desde cuando te has dado cuenta que estamos actuando mal?

LUCRECIO. _ Siempre; sino que movido por el deseo uno no teme a nada.

MARTINA. _ eso quiere decir que ahora has perdido el deseo.

LUCRECIO. _ te deseo; pero el temor que siento ante lo que pueda pasar, es mucho mayor que el deseo mismo.

MARTINA. _ tonterías, más pareciera que ya dejaste de ser hombre...

LUCRECIO. _ ¿te imaginas el daño que hacemos a nuestras familias solo por un momento de placer?

MARTINA. _ que filósofo y moralista eres, solo con un sueño que tuviste ya te crees Platón. Si nunca se han dado cuenta, y no tienen por qué enterarse si seguimos haciéndolo con la misma precisión de los muchos años; es más, tú y yo sabemos que ninguno de los dos amamos a nuestras parejas, a ambos nos golpeó la suerte con el mismo látigo; tú terminaste con la mujer equivocada por tonto y yo con el hombre equivocado por la avaricia de mis padres. No hay pecado en lo que hacemos, los dos estamos destinados a estar juntos aunque haya fuerzas externas que nos obligan a separarnos, ¿no crees?...

LUCRECIO. _ Tal vez sea cierto, pero a mi parecer, ante lo justo, esto es injusto; ya que los dos decidimos formar una familia separados, aun teniendo el derecho y libertad de escoger lo que más nos convenga.

MARTINA. _ bueno, en eso tal vez tengas razón; yo al igual que mis padres pensé que me convenía más el dinero que el amor; y todo estos años de concubina de ese litigante mediocre me ha enseñado que el dinero no sirve de nada. Menos mal que él no quiso que nos casemos a pesar de mis agotadoras peticiones, supongo que nunca me quiso también...

JACINTO. _ ¿escuchaste Nico?, dijo que soy un litigante mediocre la muy sinvergüenza.

NICO. _ Eso solo sabe usted don Jacinto.

LUCRECIO. _ quiero contarte algo... hoy, antes de venir, yo y Josefina tuvimos una discusión que se desprendió de temas alimenticios; intentó culparme de no ser un buen hombre que sostenga a una familia tan pequeña como la nuestra. Impulsado por el rencor le di un cobarde golpe que lo lancé contra el suelo; ella con rabia y supongo con mucha verdad, me digo no directamente, pero sí muy entendible; que mejor me ocupe de mi semilla y no de semilla ajena. Esto me hizo reflexionar en lo mal que estoy haciendo; quizás mi mujer también me engaña y la hija que creo que es mía, sea de otro...

MARTINA. _ eso quiere decir que tu mujer ha estado poniéndote los cuernos desde hace mucho, y tú ni cuenta te habías dado; suena gracioso, pero puede ser verdad.

LUCRECIO. _ Por lo más gracioso que parezca, me lastima solo de pensar que he podido ser cachudo.

MARTINA. _ Pero es normal ¿no crees? El mundo hoy en día está lleno de infieles.

LUCRECIO. _ es que ser infiel no duele tanto como ser cachudo.

MARTINA. _ Porque te tiene que doler, si a esa mujer no la amas. Tú le engañas con una mujer que siempre quisiste, y tal vez ella hace lo mismo...

LUCRECIO. _ ino digas tonterías!... Ella es como una parte indispensable para mí, desde el día que comenzamos a vivir juntos. Que me haya sido infiel me carcome el alma, a pesar que no la quiero, como tú dices.

MARTINA. _ ¿a mí me quieres o no?

LUCRECIO. _ para serte sincero, hasta ayer te quería mucho; pero al sentirme ofendido por mi mujer de una posible infidelidad, siento que la quiero a ella también.

MARTINA. _ ¡Iha! Tonterías tuyas, como vas a dejar de quererme de la noche a la mañana. Dime sin rodeos, me vas hacer tuya y me vas a querer siempre, o me largo y nunca más me vuelvas a buscar.

LUCRECIO. _ Hoy te haré mía, sin importar lo que mañana ha de pasar; para eso hemos venido y no nos quedaremos con las ganas.

MARTINA. _ Total, nos amamos y sé que siempre va a ser así; seguiremos siendo infieles. Ven mi león, los problemas dejémoslo para

cuando aparezcan. Ven y has tuya a esta leona...

NICO. _ Don Jacinto, ¿qué piensa hacer, o acaso espera que escuchemos los gemidos de su mujer?

JACINTO. _ ¡cállate!... De ninguna manera. Estaba pensando en todo lo que hablaban y sé que yo también estoy metido en este lio.

NICO. _ No solo usted don Jacinto, yo también lo estoy y muero de miedo y de vergüenza, pero ahora ya no están hablando sino comenzando a calentar cancha.

JACINTO. _ ¡calla!... Parece que alguien quiere romper la puerta.

ESCENA III

JACINTO, NICO, LUCRECIO, MARTINA Y ALFONSINA

ALFONSINA. _ (golpeando la puerta) ¡abran desgraciados, sé que están ahí!...

LUCRECIO. _ es mi mujer.

MARTINA. _ ¿y ahora, que hacemos?

LUCRECIO. _ no creo que logre romper la puerta, esperemos que se canse y finalmente se vaya, convenciéndose que aquí no hay nadie.

MARTINA. _ Por la manera que golpea, lo romperá, parece que está decidida.

LUCRECIO. _ ¡maldita sea! Pero yo te dije que algo iría mal...

MARTINA. _ es que no me dijiste nunca que eras profeta.

LUCRECIO. _ estamos perdidos.

MARTINA. _ ¿Si dejamos que entre y luego lo matamos para librarnos de problemas?

LUCRECIO. _ ¡Estás loca!, es mi mujer, yo nunca haría eso.

MARTINA. _ ¿es que no me amas?

LUCRECIO. _ No por eso voy hacer semejante barbaridad... ¿y qué hacemos con el cuerpo?

MARTINA. _ lo enterramos donde nadie pueda hallarlo.

LUCRECIO. _ (pensativo) ¡No!... La policía es muy astuta y nosotros de muy mala suerte, acabarían por descubrirnos.

MARTINA. _ No si actuamos con mucho cuidado.

LUCRECIO. _ ¡no y no!

MARTINA. _ ¿entonces, que idea tienes mentecato? ¿Quieres que nos manden directito a la cárcel por infidelidad? ¡Eso quieres!

LUCRECIO. _ tampoco; escaparemos por esa ventana. Iremos al otro cuarto y luego por la ventana nos descolgaremos al primer piso directo al jardín.

MARTINA. _ Nos verán los inquilinos y entonces ahí sí estaremos en graves problemas, le informarán a mi marido que me vieron con un hombre que no es él. ¡Te das cuenta!

LUCRECIO. _ saldremos con el mayor cuidado posible. Vámonos y no perdamos el tiempo... (Intentan escapar)

JACINTO. _ (sale con Nico de debajo de la cama) ¡ia donde piensan escapar, hijos del demonio! (jala a Lucrecio con fuerza y luego a Martina) ¡con que ensuciando mi casa con semejantes inmundicias carajo!... Nico, abre la puerta.

NICO. _ si-ii, como usted di-i-ga don Ja-cinto.

MARTINA. _ amor, no es lo que tú piensas.

LUCRECIO. _ ¿de dónde salió usted don Jacinto?

JACINTO. _ ¡caí del cielo carajo!

ALFONSINA. _ no puede ser lo que estoy viendo (cae al suelo de puro vértigo)

LUCRECIO. _ ve lo que ocasiona en mi mujer don Jacinto, como va a parecer así de imprevisto. (Brinda ayuda a su mujer)

JACINTO. _ (a Martina) Que mojigata, hipócrita, ramera eres...

MARTINA. _ no es lo que tú piensas amor...

JACINTO. _ ¡no me digas amor hija del demonio!... Hoy mismo solucionamos esto y tú te largas de mi casa. (Se dirige a Lucrecio, que

está ayudando a Alfonsina) desgraciado, debía imaginarme que era contigo que mi mujer me sacaba la vuelta...

LUCRECIO. _ no es lo que usted cree don Jacinto, esto tiene una explicación.

JACINTO. _ explícame lo que tengas que explicarme entonces.

LUCRECIO. _ Don Jacinto, su mujer y yo vinimos porque... ¿para que vinimos doña Martina?

JACINTO. _ no te hagas el idiota Lucrecio, vinieron para hacer de mi casa un hotel barato, i para eso es lo que vinieron!... siendo así, ha llegado la hora de hablar la verdad; no les mando a la cárcel, ni te parto la cara Lucrecio, porque hay culpa en mí también...

LUCRECIO. _ ¿usted también es culpable don Jacinto? Aunque en cierto modo, puede ser...

JACINTO. _ Si Lucrecio, la mujer que yace allí caída y convaleciente también te ha sido infiel.

LUCRECIO. _ (dejando de golpe a Alfonsina) si don Jacinto, eso me hizo entender esta mañana esta mala mujer; y dígame don Jacinto, ¿sabe usted con quien me saca la vuelta esta mujer?

JACINTO. _ Conmigo Lucrecio.

LUCRECIO. _ jajaja... que gracioso es usted don Jacinto.

ALFONSINA. _ es cierto, yo y Jacinto nos amamos, es por eso que me sorprendí y me causó sopor encontrarme con esta realidad.

LUCRECIO. _ No... no... esto no puede ser cierto, mi mujer poniéndome los cachos con el hombre de mi amante, no, esto es una broma. (Martina cayó desmayada)

JACINTO. _ Nico, tráeme un balde con agua

MARTINA. _ (se levanta rápidamente) ino! ¡Agua no!

JACINTO. _ todo esto es cierto Lucrecio. Yo no pude creer al escuchar tu voz debajo de la cama; mi mujer engañándome con el marido del amor de mi vida, me pareció un sueño...

LUCRECIO. _ ¿El amor de su vida mi mujer?

JACINTO. _ Como lo oyes Lucrecio. Hace muchos años, aproximadamente unos quince, cuando yo tenía diecisiete años conocí a una mujer que sería el amor de mi vida. Ella tenía catorce años en ese entonces; nos juramos amor eterno, sé que es una locura ya que el amor siempre tiene un límite con la muerte, pero para esa edad, todo nos parece eterno. Pasamos un periodo de dos años felices, planeando casarnos; pero para esos años apareció una mujer que me condenaría la vida, con desventura una noche fue mía y al poco tiempo estuvo embarazada; la muy astuta en convenio con sus padres me responsabilizó, y como yo también tuve unos padres, que a todas estas cosas llaman ofensa, me obligaron a reconocer ese hijo y formar una familia con esa mujer de una sola noche. Y como era de esperar, la mujer de mis sueños se quedó tan dolido con tal resolución; aun así, siempre teníamos encuentros casuales lleno de romanticismo, y tuve una hija, el regalo más grande que Dios me ha dado, en esa mujer. Ella aceptó comprometerse contigo para darle un padre a ese feto que estaba formándose en su vientre...

LUCRECIO. _ eso quiere decir que mi hija es su hija don Jacinto.

JACINTO. _ así es.

MARTINA. _ (aparte) no puede ser.

LUCRECIO. _ viendo que mis sueños interpretados dieron con la verdad, solo me queda contar mi triste historia... casi esos mismos años que usted don Jacinto vivía una feliz relación con la señorita Alfonsina de ese entonces, yo un hombre de escasa fortuna vine del campo con el único propósito de estudiar medicina veterinaria en la ciudad; me hospedé en la casa de mis tíos que eran vecinos de una mujer bellísima (Martina se derrite) ambos coincidimos recíprocamente en el amor, lo cual nos hacía muy felices. Dentro de poco quedó en cinta; y aunque yo y ella sabíamos que ese niño que se estaba formando en su vientre era nuestro, decidimos responsabilizarlo a cualquier otro, ya que sus padres con ningún motivo aceptarían que yo me case con ella, simplemente porque ellos esperaban a un yerno con dinero. Finalmente, encontraron a un joven que estudiaba derecho y que sus papás tenían mucho dinero, era la garantía para su hija...

JACINTO. _ ¿la fiesta de aquella noche fue planeada para caer como un tonto en las garras de semejantes arpías, verdad?

LUCRECIO. _ fue el plan de don Marcelo que en paz descansa don Jacinto; yo como tonto acepté que me quitaran de mis manos a mi hijo y a la mujer que quise mucho; lo reconozco, esas veces era un tonto y me dejaba manipular por cualquiera.

JACINTO. _ ustedes son los culpables de todo esto, de muchos años de infelicidad; por la culpa de ustedes y de ese viejo que ni los gusanos lo han de comer por desgraciado, yo viví sin mi hija y sin la mujer que amo. Ustedes irán a pagar a la cárcel desgraciados.

LUCRECIO. _ don Jacinto, no haga eso por favor, mire que yo también salí afectado en esto, y el verdadero culpable descansa bajo tierra...

JACINTO. _ tienes la culpa de ser poco hombre Lucrecio, por no enfrentar las vicisitudes a tiempo... (A Martina) ¡Tú, maldita fiera, cómo pudiste hacer esto! Tú juntos con tu padre me separaron de mi hija y de la mujer que amé y amo con el alma; mala mujer, y es más, ni mujer deberían llamarte... (Martina persuadida por el golpe de las palabras de Jacinto, llora) ¡No llores, agota tus lágrimas de cocodrilo!... (Jacinto cae en un estado de estupor y una lágrima comienza a rodarle por sus mejillas, pero se arma de valor) diez años infelices a lado de una mojigata... (Alfonsina se acerca a Jacinto y lo abraza; por otro lado, Lucrecio hace lo mismo con Martina)

NICO. _ Dios mío, increíble, pero cierto; o es que acaso es un sueño (se pellizca) no, no lo es, es cierto, todos resultaron ser unos infelices infieles.

JACINTO. _ (incorporándose) quiero ser prudente y no actuar sin cordura, talvez mi cólera me haga pensar que toda la culpa la tienen ustedes ocultando el posible error mío. No quiero llegar a tribunales de justicia ante tal delito, talvez todos somos culpables de esta infelicidad que nos acosó durante muchos años; y peor aún, el poder judicial es, porque no decirlo más lento que una tortuga y hasta llegar a una sentencia de la cual podamos llamar justa, pasará mucho tiempo. Nos conviene que este caso se resuelva por un juez no letrado, elegido por nosotros mismos; así llegaremos a un acuerdo entre las partes sin gasto alguno y sin sanciones, que nos favorecería a todos. ¿Qué piensan ustedes?

LUCRECIO. _ me parece lo más adecuado don Jacinto.

JACINTO. _ ¿tienes algún conocido Lucrecio que nos pueda ayudar como juez?

LUCRECIO. _ tengo muchos amigos don Jacinto, pero ningunos al parecer tienen la virtud del buen juicio.

JACINTO. _ es verdad, son pocos en este país los que poseen tal virtud... creo conocer a alguien que nos pueda ayudar. Es un hombre porque no decirlo de la familia y de elevada sensatez, adecuado para una justa

resolución.

LUCRECIO. _ ¿Quién es ese buen hombre don Jacinto?

JACINTO. _ es un hombre no muy preparado en lo académico, pero premiado por Dios en lo espiritual y en lo justo; es más defiende su nombre a capa y espada. Es el señor Justo Alcántara, tío de Martina; aunque pareciera extraño que en una familia lleno de seres premiados con la des virtud exista un hombre tan justo como don Justo, es como Jesús perdido entre los judíos. Los años que le conozco me enseñaron a confiar en él... digan ustedes, ¿están de acuerdo?

LUCRECIO. _ me parece una buena idea. (A Martina) tu tío se inclinará un poquito a nuestro favor.

MARTINA. _ (a Lucrecio) no lo creo.

JACINTO. _ (saca su teléfono móvil y llama a don Justo) ¡demonios! No contesta (intenta otra vez y don Justo le contesta. Jacinto en resumidas palabras le dice que necesita su ayuda y quedan) está bien don Justo, lo esperamos... El señor justo dice que dentro de diez minutos está en mi casa, pero no en esta sino en la otra. Vámonos lo más rápido posible para intentar llegar juntos. (Salen)

ACTO IV

ESCENA I

DON JUSTO Y LOLITA

LOLITA. _ ¿Quién lo llamó don Justo?

D. JUSTO. _ el doctor, me dijo que tenía un problema con su mujer, y que necesitaba mi ayuda; pero me dijo que estaba acá, condenado me hace perder mi tiempo...

LOLITA. _ (aparte) ¡ay! Dios mío, ojalá no sea lo que estoy imaginando...

D. JUSTO. _ ¿Qué?

LOLITA. _ nada don Justo, y dígame ¿don Jacinto le dijo cuál era el problema?

D. GUSTO. _ de infidelidad, no me dijo más, fue muy rápido en su explicación; tú debes saber más que yo de que se trata el problema.

LOLITA. _ (aparte) no puede ser, don Jacinto encontró a su mujer

haciendo cositas, ahora sí que me va mal...

D. JUSTO. _ dime a donde fueron por favor, que mi tiempo es tan valioso como para perderlo sin provecho alguno.

LOLITA. _ supongo que están en su otra casa don Justo, pero si le dijo que venga para acá, seguro ya deben estar viniendo.

D. GUSTO. _ ¡señor, señor!... Pero si me dijo en diez minutos, condenado.

LOLITA. _ (aparte) Dios mío, si esto es cierto que haré, don Jacinto me echará de su casa; tantos años que trabajé acá, no merezco maltrato...

D. JUSTO. _ Lolita, mira por la ventana, parece que ya llegaron, suena el motor del carro en la vereda (Lolita mira por la ventana) que piernas y buen trasero aún conserva la condenada.

LOLITA. _ parece que sí, el carro de don Jacinto ya está estacionado allá abajo... sí, ya hablan por la casa... (Aparte) Dios mío, y parece que don Jacinto viene lleno de rabia.

ESCENA II

DON JUSTO, LOLITA, JACINTO, LUCRECIO, MARTINA Y NICO

D. JUSTO. _ (a Jacinto) ¡porque me engañas así doctor, mi tiempo no tiene precio hombre!

JACINTO. _ Lo siento don Justo.

D. JUSTO. _ dime cuál es tu problema y con qué motivo me hiciste venir.

NICO. _ (a Lolita) cayeron tramposas, mi jefe les votará como ratoncitas a la calle.

JACINTO. _ No sé ni por dónde empezar don Justo.

D. JUSTO. _ Directo al grano hombre, así nos ahorramos comentarios vanos.

JACINTO. _ es que, bueno, bueno; mi mujer y yo fuimos infieles.

D. JACINTO. _ ¡habla claro hombre, como un abogado; como van hacer los dos al mismo tiempo infieles!... ¿Le pusiste los cuernos a mi sobrina o

ella te los puso?

JACINTO. _ es la verdad don Justo, su sobrina me engañó con Lucrecio y yo lo engañé con la mujer de Lucrecio.

D. JUSTO. _ déjate de bromas doctor, tengo confianza contigo pero no es como para que llegues a estos extremos con tales ocurrencias.

JACINTO. _ es verdad don Justo, puede preguntar a su sobrina y a ese tarado que le acompaña. (Lucrecio y Martina agachan la cabeza ante la mirada imponente de don Justo)

D. JUSTO. _ ¡Por el amor de Dios, explícame cómo fue esto hombre!...

JACINTO. _ sucede que hace muchos años, en el albor de nuestra juventud, hubo un enredo entre nosotros cuatro y terminamos conviviendo uno con el amor del otro...

D. JUSTO. _ ¡haber, explícate bien hombre...!

JACINTO. _ (a Nico) Nico, llama a los niños por favor, deben estar presentes en esto.

LOLITA. _ estaban jugando y de cansados se durmieron don Jacinto.

JACINTO. _ no importa, levántalos Nico.

LOLITA. _ Yo misma voy señor (Sale)

D. JUSTO. _ ¿Qué pasó Jacinto, yo creía que eras un hombre de bien; bueno de mi sobrina no puedo opinar, pero de ti...?

LUCRECIO. _ (a Martina) creo que este viejo está en contra nuestra.

MARTINA. _ (a Lucrecio) esperemos que no.

JACINTO. _ (tocan el timbre) Nico, ve abrir, debe ser Alfonsina con mi hija (Nico sale)

D. JUSTO. _ ¿dijiste tu hija Jacinto?

JACINTO. _ Si don Justo, mi hija.

D. JUSTO. _ (aparte) ¡válgame Dios!, y que parecía un hombre virtuoso.

LUCRECIO. _ (a Martina) ¿qué haré sin mi hija?

MARTINA. _ (a Lucrecio) que te preocupas, total, tienes un hijo.

(Entran primero Alfonsina y Susana; y por la otra puerta, Lolita, Josefo y Jonás)

ESCENA III

D. JUSTO, JACINTO, ALFONSINA, LUCRECIO, MARTINA, NICO, LOLITA, SUSANA, JOSEFO Y JONÁS

JONÁS. _ ¿qué sucede papá? ¿Por qué envías a esta loca que nos levante de esa manera?

JACINTO. _ La educación que les da su madre... ¡primero se saluda caramba! (Josefo y Jonás saludan)

JOSEFO. _ Discúlpalos papá.

D. JUSTO. _ Ahora si puedes empezar doctor, pero directo al grano por favor, que no dispongo de mucho tiempo.

JACINTO. _ (tomando un largo y apesadumbrado suspiro) es difícil descifrar con palabras todo esto, pero es necesario que todo quede claro hoy... don Justo, por sus grandes méritos de hombre virtuoso, creímos conveniente que usted es el adecuado para administrar justicia en este caso tan complicado y delicado; espero que escuche con cautela todo lo que voy a decir y pueda deliberar de la manera más justa dicho enredo... niños, primero quiero dirigirme a ustedes (aparte) de Josefo estoy seguro, pero de Jonás... como les digo... será doloroso, pero directo al grano... (Alto) Josefo, tú no eres mi hijo...

JANÁS. _ ¿papá, estas negando a mi hermano?...

JOSEFO. _ ¿por qué me niegas papá?... (Lúgubre, sintiendo el silencio más triste del mundo) ¿Es cierto papá?...

NICO. _ (aparte) que dureza.

JACINTO. _ (buscando valor) es cierto Josefo (Josefo quiere decir algo, pero la agonía agota y entorpece su alma; intenta no llorar, solo mira al suelo)... de ti Jonás, no estoy seguro.

JONÁS. _ ¡quieres decir que yo tampoco soy tu hijo papá!

JACINTO. _ No estoy seguro Jonás... solo sabe tu madre...

MARTINA. _ (a Lucrecio) más parece tu hijo Lucrecio.

JOSEFO. _ (recuperándose) ¿Quién es mi padre entonces?

JACINTO. _ El que está junto a tu madre...

JOSEFO. _ ¡no! ¡Ese veterinario no puede ser mi padre!...

LUCRECIO. _ (a Martina) ¿ves cómo me trata?

MARTINA. _ (a Lucrecio) como es debido

JONÁS. _ papá, dínos que esto es una broma por favor...

JACINTO. _ no es broma muchachos... ahora sí, espero de su colaboración para aclarar de una vez las cosas... don Justo, resulta que cuando yo estaba en lo más excelso de mi juventud, caí en las garras de una mujer que me destruyó mi vida... fue el resultado de una noche de orgía...

D. JUSTO. _ ¡espera doctor, espera! deja las figurillas para los literatos; si vas hablar así, vas a terminar contando todo y yo no te voy a entender ni una pisca de lo que dices. Vamos, directo al grano y sin complicaciones.

NICO. _ (Aparte) a mí se me hace fácil descifrar lo que dice don Jacinto; ¿será que tantos años trabajar y andar con él, me estoy volviendo un hombre docto, o será porque yo ya se toda la historia?...

JACINTO. _ Lo que quiero decir es que hace diez años mi querida mujer junto a su familia me engañaron, y usaron haciéndome creer que el hijo que esperaba era mío; yo como tuve unos padres tan chapados a lo antigua, me obligaron a comprometerme con ella, según ellos para no manchar su honor. Y después de diez años de infelicidad, encuentro a mi queridísima mujer con Lucrecio haciendo de mi casa un hotel gratuito, y los muy sinvergüenzas me revelaron que eran amates desde hace mucho y que el hijo que me hicieron reconocer no era mío, sino fruto de su inmenso amor de adolescentes. Y pasa también, que yo por defender su supuesto honor, tuve que abandonar a la mujer que amaba con delirio aquellos años. ¡Eso es lo que pasa!...

D. JUSTO. _ Doctor, ¿eso quiere decir, que mi hermano sabiendo que no era hijo tuyo el que esperaba su hija, te hizo comprometerte a la fuerza con ella?

JACINTO. _ así es don Justo, pero pregúnteselo a su sobrina ella le dará

mayor razón.

D. JUSTO. _ ¡Dios mío! Cuesta creerlo, pero con las cosas increíbles que sucede en este mundo, esto es algo creíble y asombrarse sería perder el tiempo... como ustedes me eligieron para ser juez de este asunto, pasaré a interrogar a las partes; empecemos por ti sobrina. ¿Por qué decidiste formar una familia con Jacinto, antes que con el padre de tú hijo?

MARTINA. _ Cuando a mi padre le dije que estaba esperando un hijo de Lucrecio, lo primero que hizo es castigarme por no saber escoger un hombre apropiado; luego se lo metió en la cabeza el de cazar a un hombre con plata para que a engaños se case conmigo. Ese hombre era Jacinto que vivía tan cerca de la casa nuestra; así que me propuso...

D. JUSTO. _ Eso ya lo sé Martina, puesto que mi hermano ha sido muy avaro en ese sentido, es preciso solo inferir. Lo que quiero saber es por qué tú aceptaste la propuesta de tu padre tan fácilmente, sabiendo que tu corazón pertenecía a otro hombre!

MARTINA. _ primero no quise tío, después, motivada por la avaricia y las muchas insistencias de mi padre, finalmente acepté. Creí que el dinero remplazaría al amor y que el amor sin dinero muy pronto se acabaría.

D. JUSTO. _ ¿Qué planes tomaron para que Jacinto caiga en su trampa?

MARTINA. _ Mi padre preparó una fiesta en la cual el invitado más importante sería Jacinto; se lo brindó muchos halagos por su reciente trayectoria académica, pues era un joven que cursaba el segundo año de derecho y sus méritos lo acreditaban. La noche se iba haciendo intensa y el licor había hecho su trabajo cabalmente, pues Jacinto se encontraba en las manos eróticas de la oscuridad y la embriaguez. Me entregué a él y finalmente nuestros planes fueron consumados.

D. JUSTO. _ Mujer, mujer, mujeres...ahora sí, Lucrecio ¿Qué hiciste al saber que la mujer que amabas se iba a comprometer con otro hombre, quitándote la potestad de padre?

LUCRECIO. _ como es de imaginarse, me sentía tan mal, que por un tiempo me dejé caer y sostener en las manos del licor. Era tan débil en mi carácter aquellos años, que no defendí lo que era mío, ni lo que amaba. Traté de olvidar a mi hijo y a la mujer que amaba, de una u otra manera; no fue fácil, hasta que un día conocí a Alfonsina. Me empeciné a enamorarme de ella e hice lo posible por conquistarla; ninguna de las dos cosas hice a cabalidad, pues ni yo logré quererla tanto, ni ella me quiso a mí, a pesar de que aceptó convivir conmigo; supongo que fue también para olvidar a Jacinto, pero ella nunca me lo dijo...

D. JUSTO. _ basta Lucrecio, es suficiente con tal confesión... ahora tú Alfonsina, agrega todo lo que a ti concierne en este tema.

ALFONSINA. _ Yo estaba dolida con la decisión que había tomado Jacinto. En un primer momento intenté suicidarme, pensando que no me quería y que solo había estado jugando conmigo; pero luego él me buscó y me explicó, aun con lágrimas en los ojos, que era una obligación comprometerse con la mujer que había deshonrado y que a pesar de todo yo siempre seguiría siendo su más grande amor. Me consoló diciéndome que nunca aceptaría casarse con ella y que simplemente vivirían en concubinato. Él estaba en manos de otra mujer, pero siempre nos veíamos a escondidas, y es así que en los encuentros tan de rutina, quedé embarazada. Me invadió un remordimiento tan extraño e imposible de controlar, de solo pensar que estaba embarazada de un hombre que amaba tanto y que no podía tener como mi esposo, así que lo mentí, diciéndole que estaba embarazada de otro hombre y que pronto me casaría. Como es de suponer, Jacinto se encolerizó y no me volvió a buscar más; para ese entonces, Lucrecio estaba afanado en conquistarme y con la idea de darle un padre al bebé que se iba formando en mi vientre acepté convivir con él, más no casarme. Él quedó convencido que mi hija era suya, pensaba que era una de las siete mesinas. Mas cada día extrañaba la presencia de Jacinto, lloraba incansablemente sin que nadie se dé cuenta de mi aflicción; hasta que un día, cuando mi hija estaba rondando por un año, me decidí buscar a su padre y decirle toda la verdad. Él me perdonó y decidimos mantenerlo en secreto ya que los dos estábamos atados a vivir separados para siempre.

D. JUSTO. _ ¿la niña, sabía que Jacinto era su padre biológico?

ALFONSINA. _ si, hace poco le tuve que decir; siempre se llevaron tan bien y se quieren mucho.

D. JUSTO. _ ¿a Lucrecio hasta el día de hoy no le habían dicho nada de esto?

ALFONSINA. _ no, creímos que era lo más sensato convivir así.

LUCRECIO. _ (aparte) Desgraciados...

D. JUSTO. _ (a Susana) ¿quieres a tu papá Jacinto?

SUSANA. _ Mucho

D. JUSTO. _ ¿y a Lucrecio?

SUSANA. _ No tanto.

LUCRECIO. _ (aparte) Mocososa mal agradecida.

D. JUSTO. _ ¿Cómo supiste que Jacinto era tu padre biológico?

SUSANA. _ él siempre se iba a visitarme desde que yo tengo memoria, me llevaba regalos, dulces y me hacía mucho cariño; pero sus visitas siempre eran cuando no había papá Lucrecio. Hace poco, cuando había cumplido nueve años, me llevó de regalo una muñeca muy bonita que sabía decir mi nombre, me gustó mucho, pero me dolía porque mi papá Lucrecio nunca me había regalado nada y más aún ni se acordaba cuando era mis cumpleaños. Le dije a mi madre, todo lo que sentía y ella me dijo que el doctor Jacinto era mi papá y me alegró mucho, pero me advirtió que no diga a nadie, porque era muy peligroso.

D. JUSTO. _ ahora entiendo toda esta vaina. Todos tienen un grado de culpa en su misma desgracia, aunque el origen estuvo en la ambición de mi hermano en convenio con su hija, cada uno de ustedes actuó incorrectamente. Buscar quien tiene la culpa mayor y darle mayor pena, no sirve de nada; eso está hecho para los ociosos del poder judicial; para mí todos son culpables sin proporción alguna. Al ver que junto a su culpa han ido sufriendo los golpes del karma, ya no se necesita de más condena, sino ser liberados. Como ninguno de ustedes se ha unido en matrimonio, es simple separarlos y si han sido infieles hasta ahora, es de suponer que el amor de su juventud se mantiene a pesar de los años... Mi resolución como Juez es que cada quien se una con el amor de su vida, llevando a sus hijos ilegales pero legítimos con ustedes y cada quien cojan lo que les pertenece... Bueno, mi tiempo vale mucho, ya me voy.

LOLITA. _ idon Justo, espere! ¿Yo con quien me voy?

D. JUSTO. _ ¡a! Los sirvientes se van con quien mejor les plazca. Adiós (sale)

ESCENA IV

JACINTO, ALFONSINA, LUCRECIO, MARTINA, NICO, LOLITA, SUSANA, JOSEFO Y JONÁS

JACINTO. _ (llamando a su lado a Alfonsina y a Susana) Ahora sí, señores, ustedes se pueden ir.

JONÁS. _ ¿papá y yo soy tu hijo?

JACINTO. _ supongo que sí, tenemos un lunar en el mismo sitio, ya sabes tú donde, eso quiere decir que tú eres mi hijo.

JOSEFO. _ ¿Yo, si me iré con esos señores?

JACINTO. _ (le llama a Josefo a su lado y los abraza) todo irá bien, siempre mi casa estará abierta para ti, pueden venir cuando quieras a jugar con tu hermano y hermana, sí, pero ahora tienes que irte, es su deber.

JOSEFO. _ no quiero irme papá.

JACINTO. _ eso no depende de mí, sino de esos dos señores que son tus padres.

JOSEFO. _ Tú eres nuestro papá

JONÁS. _ por favor papá, no dejes que lleven a mi hermano.

MARTINA. _ si quieres te puedes quedar con él Jacinto, total, nosotros ya haremos una nueva familia.

LUCRECIO. _ (a Martina) pero si es mi hijo, Martina.

MARTINA. _ (a Lucrecio, bajo) será mejor Lucrecio, nosotros no tendremos ni que darle de comer.

LUCRECIO. _ (a Martina) tienes razón, total nunca me di a la idea que es mi hijo.

JACINTO. _ ¿están de acuerdo los dos? (Lucrecio, solo asintió con la cabeza)

MARTINA. _ estamos de acuerdo Jacinto, así nos evitaremos de tanto trámite para cambiar el apellido (aparte y bajo) también, se beneficiará de tu herencia mañana más tarde.

JACINTO. _ escucharon niños, ahora los tres serán hermanitos y se querrán mucho. (Los tres niños agradecen a Jacinto y se alegran)

MARTINA. _ Bueno, mañana vendré por mi cosas (intentan salir)

LOLITA. _ Señora ¿y yo?

MARTINA. _ tú ya no me sirves, es más, ni dinero hay para pagarte. Adiós (salen)

LOLITA. _ ¡señora!...

JACINTO. _ Lolita, te puedes quedar trabajando como siempre para

nosotros.

NICO. _ ¡pero señor! Esta mujer ha sido la cómplice de la señora Martina, no puede...

JACINTO. _ No vez Nico que atrapar a esa mujer es lo mejor que me ha podido pasar.

LOLITA. _ Gracias señor Jacinto, usted es tan buena gente, lo prometo hacer bien mi trabajo.

JACINTO. _ Solo has lo debido Lolita.

NICO. _ (aparte) que corazón de don Jacinto, esta mujer se merece ser votada de patitas a la calle... pero, pensándolo bien, la extrañaría mucho... ¡ay! El amor el amor.

..

